

SENZA  
FINE



Ramón Pernas

SENZA  
FINE

algaida



Diseño de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2023

© Ramón Pernas, 2023

Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-861-0

Depósito legal: SE. 1.272-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Memorias de una casa, la historia de un hogar . . . . .	13
<i>Senza fine</i> . . . . .	24
<i>Luna Caprese</i> . . . . .	42
<i>La piú bella del mondo</i> . . . . .	49
<i>La voce del silenzio</i> . . . . .	73
<i>Oh sole mio</i> . . . . .	93
<i>Una lacrima sul viso</i> . . . . .	112
<i>Ciao amore</i> . . . . .	140
<i>Il cuore e uno zingaro</i> . . . . .	146
<i>El cielo in una stanza</i> . . . . .	173
<i>Il giardino proibito</i> . . . . .	182
<i>Il mondo</i> . . . . .	205
<i>La distancia</i> . . . . .	224
<i>Torna a surriento</i> . . . . .	231
<i>La nostra casa in cima al mondo</i> . . . . .	242
Coda final . . . . .	261
Agradecimientos . . . . .	263



*Para mi recordado amigo Fernando Marías, que ya habita  
en el viento del norte, al otro lado del río.*

*Y para Milagros. Siempre.*





«La vida no es la que uno vivió, sino la que uno  
recuerda y cómo la recuerda para contarla».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



## MEMORIAS DE UNA CASA, LA HISTORIA DE UN HOGAR

**L**A NOCHE EN QUE MURIÓ MI PADRE, SOBRE LA MAR SE vieron caer centenares de estrellas fugaces. Una suerte de perseidas suicidas que corrían desesperadamente por el cielo para ahogarse en el océano. Dicen quienes vieron el extraño fenómeno que parecía la noche de San Lorenzo, así llamada porque coincide con la festividad del santo el diez de agosto.

    Mi padre murió sentado en su viejo sillón orejero, leyendo un libro mientras sonaba *Senza fine*, la canción de Gino Paoli. Era un disco sin fin que giraba en un tocadiscos antiguo.

    Supe por mis hermanos que el libro que lo acompañó aquella noche era la recopilación de viajes de Pierre Loti en una edición de la editorial Aguilar encuadernada en piel. En alguna página de ese libro debió de encontrar su epitafio.

    Mi padre no quería morir en la cama, en su cama, tenía pánico a verse sorprendido por la muerte mientras dor-

mía, sostenía que los hombres deben fallecer erguidos, de pie o, como mucho, sentados. Mantenía que cuando llegara ese momento quería ver a la parca de frente, verla cara a cara y conversar con ella el tiempo preciso para escuchar que venía en su busca. Estaba seguro que el tránsito final no debía ser en su dormitorio, ni las sábanas que lo tapaban convertirse en un blanco sudario mientras no hubiera fallecido. Desconozco si hubo un pacto acordado, la muerte cumplió su parte y mi padre murió como había deseado.

No llegué a tiempo para su entierro. Fueron mis hermanos quienes me avisaron. Estaba lejos del pueblo y del país, y por entonces no había teléfonos móviles para transmitir malas ni buenas noticias.

Lo rememoro ahora en unas líneas que abren esta crónica que quiere dar cuenta y razón del viaje que voy a iniciar a mi pueblo para entregar a quien la compró mi vieja casa familiar, en la que nací y que me cobijó hasta emprender este largo trayecto a ninguna parte que ha sido mi vida.

Me llamo Leandro, y no sé por qué, pues nadie en mi familia se llama así. Fue un capricho estrambótico de mi padre, aficionado a los nombres clásicos del santoral laico griego o romano. Supe en algún momento que entre sus significados estaba la acepción de ‘hombre león’ y también la de ‘persona muy apasionada’. Hay quien asegura que los nombres que comienzan en *Le* son nominaciones que tiene el diablo mientras permanece en su estancia terrenal. Sucede con Leandro, con Leoncio, Leonardo o Leovigildo, y pasa lo mismo con Leopoldo, Leocadio o Leónidas.

Con el paso del tiempo me gustó, me sentí complacido con mi nombre de pila, e incluso llegué a considerarme

una reencarnación menor de un diablo díscolo y jugueteón al que se le había encomendado una misión secreta en este lado del mundo.

Estoy viajando esta noche al norte más al norte, al pequeño pueblo junto a la mar donde está mi origen.

Los faros del automóvil dividen la noche en dos mitades, iluminan fugazmente la carretera, y aunque no me gusta especialmente la conducción nocturna, lo hago para llegar a mi destino con las primeras luces de la mañana, para descubrir el pueblo como si estuviera estrenando su vida urbana y tuviera ante mis ojos la ciudad que nunca ha sido.

Me quedan varias horas por delante, me acompaña la radio y sus programas nocturnos de camioneros que concursan averiguando canciones que el presentador va desgarrando para que los oyentes compitan entre sí.

Me acompañan los recuerdos que de forma desordenada ocupan mi cabeza trayéndome, acercándome, secuencias de mi propia historia, escenas nítidas que no sé muy bien si me han sucedido, las he leído o me las han contado en algún momento.

Por la noche no canta ningún pájaro y me pregunto, como ya lo hice muchas veces, en qué lugar duermen las pequeñas aves, y las respuestas que encuentro resultan a todas luces inverosímiles. Siempre que conduzco de noche reitero la misma cuestión y las mismas soluciones de urgencia habituales.

He podido comprobar que un cuco que cantaba los inicios de abril en el campo dormía acostado; lo mismo hacía el loro parlanchín de un mesón marinero de Asturias

que se recostaba ladeado en un cojín de terciopelo para dormir toda la noche. En invierno le llegaba el sueño a las diez, puntualmente, y durante el verano esperaba hasta las once para dormirse. El mesonero exigía silencio a la clientela cuando le llegaba al loro su hora de reposo nocturno, no fueran a alterar su sueño.

Sé que los jilgueros domésticos enjaulados duermen de pie instalados en el pequeño balancín que tienen las pajareras en el centro; eso sí, creo que observándolos he concluido que cierran los ojos, y siempre que hablo de esto no puedo dejar de preguntarme qué soñarán los pájaros.

Durante muchos años era yo quien volaba en sueños e iba cartografiando la vida, los países lejanos, y guiado por las estrellas cruzaba ríos y mares. Hace ya muchos años que no llegan hasta mi cama los añorados vuelos nocturnos de cuando era copiloto de los viajes de noche de Saint-Exupéry.

Debo presentarme antes de proseguir. Ya dije mi nombre, Leandro, y mis dos apellidos son Cabaleiro, que en el idioma de mi país quiere decir ‘Caballero’, por parte de padre y Norte por parte de madre. Soy hijo de Patricio y de Corsina. Mi padre estaba encantado con llamarse como el santo patrón de Irlanda, isla que no conoció, pero de la que sabía casi todo, y cada mes de mayo participaba con una fantasía verosímil en las carreras de caballos que corrían por los grandes arenales de las costas de Erín. Sostenía que en el año en que comenzó la gran guerra europea, el caballo ganador, Pólux, habló señalando con exactitud la duración del conflicto. Y acertó, según mi padre.

Mi madre fue bautizada siguiendo el capricho de su madrina, habanera retornada, que eligió para la recién na-

cida el mismo nombre que el de ella, añadiendo por obra y gracia de su devoción mariana y cubana «de la Caridad del Cobre», nombre compuesto que se añadía al principal. En el pueblo siempre la llamaron María y evitaron su nombre original.

Soy el mayor de tres hermanos. Mi hermana Olvido es la segunda hija del matrimonio y Aureliano es mi hermano pequeño, al que le llevo cuatro años; bueno, casi cinco.

Mis abuelos, mis padres y nosotros nacimos en el mismo pueblo, en Vilaponte, donde el mar Cantábrico de verdes esmeraldinos se convierte en océano de atlánticos azules, justo enfrente del nacimiento del horizonte.

Siempre sentí que Vilaponte es una de esas ciudades invisibles que tan bien contó Ítalo Calvino. Un pueblo que me motivó sentimientos encontrados, contradictorios, y del que deserté sin fecha de caducidad para regresar. Cuando su ausencia se instalaba en mi pecho asfixiándome, regresaba, buscaba un pretexto y no me resultaba difícil encontrarlo. Fueron múltiples idas y venidas, necesitaba ver y sentir la mar, la misma que me arrulló desde niño, la que veló mi sueño y acunó los compases de una suerte de banda sonora que tenía en su partitura escritas las suaves caricias de las olas marinas y las broncas galernas de la tempestad y la tormenta.

Cuando juraba solemne que jamás volvería, no tardaba en regresar y no pude cumplir nunca el juramento prometido.

Me gustaría hacer este viaje con mis hermanos, los tres en el automóvil, recordando conversaciones que no he-

mos tenido, anécdotas que no hemos protagonizado, cantando canciones de excursión que nunca entonamos. Recordábamos el único viaje que realizamos con mis padres en el Plymouth azul, aquel antediluviano coche familiar en el que viajamos durante una semana en lo que para nosotros fue la primera salida al extranjero. Las únicas vacaciones en que acompañamos a los padres. Fuimos a Portugal y llegamos a nuestro destino, soñado por mi padre, pues estaba escrito en una canción. Viana do Castelo era el final de etapa, a donde don Patricio quería llevarnos desde que escuchó cantar en una *kermesse*, el día grande de las fiestas mayores, una melodía que creo que era un fado y tenía por estribillo «*si meu amor non me engana, habémos de ir a Viana*».

Estribillo o ritornelo que le quedó grabado durante muchos años y que nos convocó en la bonita ciudad miñota del norte de Portugal. Y allí fuimos todos, con el compromiso que padre nunca cumplió cuando madre, melancólica como Amália Rodrigues, manifestó a la vuelta que a ella le gustaría conocer Oporto, y padre respondió seguro y ante sus tres hijos, asombrados por estar en el extranjero: «No te preocupes, iremos antes de que acabe el año». Era junio y mis padres no volvieron a cruzar la frontera portuguesa. Tardamos tres días en llegar a Viana. Antes visitamos La Coruña y Vigo, el balneario de Mondariz, Bayona y Tuy.

Portugal tenía por entonces un delicado encanto campesino de país instalado en una cultura rural. Era como España dos lustros atrás y me gusta recordarlo tal como lo conocí. El siglo xx ya era sexagenario y Portugal. Tras cru-



zar la frontera y detenernos en Valença do Miño nos saludó la mañana en un mercadillo textil donde mi madre se aprovisionó de toallas baratas y uniformó a sus tres hijos con unas, por entonces muy populares, chaquetas de lana blanca tejidas a mano.

La mía duró hasta que comenzaron mis estudios de Derecho en Compostela. Mi hermano todavía la conserva después de cuarenta años de aquel viaje inaugural que nos abrió las puertas del extranjero. Volví en muchas ocasiones, pero no con mis padres y hermanos, aunque conservo con nitidez los paisajes que se quedaban a los lados de la carretera, el encanto azulejado de las plazas en los pueblos, el talante señorial de sus restaurantes y, sobre todo, el susurro decadente y musical de las conversaciones aunque no pasaran de ser meramente coloquiales.

Hasta la mar me parecía distinta. Su cuerpo de agua tenía rizada la piel que se asomaba hasta la orilla, abrazándola con esa efusión antigua de los saludos viriles. Era como si estuviera tejida o calcetada en esa rutina de lana marina que cubre el manto de agua salada que crece en los océanos.

Cómo me hubiera gustado que en esta noche las risas de mis hermanos iluminaran el viaje. Hasta que se anuncia el alba, la carretera discurre por la meseta castellana con una negra sombra constante que empaña de oscuros crepones la torpe silueta del paisaje. Es cansado conducir evitando el sueño que impide su llegada, los faros de los camiones que avanzan de frente clavando sus luminarias en mi mirada me ayudan a mantenerme despierto. Es complicado encontrar un lugar para detenerse a tomar un café.

Hablo solo y fantaseo que mi hermana Olvido está sentada junto a mí, es mi compañera de viaje y evita que me distraiga aconsejándome parar en una gasolinera que está a doscientos metros y que anuncia que tiene servicio de bar las veinticuatro horas. A las tres de la mañana paro para tomar un café, repostar gasolina y despedir la estampa, el cuerpo imaginado de mi hermana que me acompañó virtualmente los últimos kilómetros recorridos.

Olvido es taciturna, no habla mucho, pero todo lo dicen sus ojos oceánicos, profundos, diseñados con los mejores materiales de las cálidas noches de los suaves veranos del norte. Ojos en los que están escritas todas las respuestas que se encuentran en las cuestiones insospechadas. Hubo un tiempo en que creía que mi hermana no podía o no sabía cerrar sus ojos, y descubrí una noche en que me acerqué a su cuarto que dormía con los ojos abiertos. No me vio, pues estaba profundamente dormida. Tal vez no tenga párpados y todos los espantos residan en su mirada.

Antes de reanudar el camino, mando pasar a mi hermano Aureliano delante. Le digo que ocupe el sitio que dejó nuestra hermana, que se quedó en la niebla de madrugada del área de servicio. Lo hace. Y seguimos la ruta.

Y vuelvo a renegar de conducir de noche, de imaginar el camino de asfalto para no salirme de los bordes de la carretera, de ir saltando de sombra en sombra hasta que amanece con esa luz lechosa y difuminada de las alboradas; es una espera que se dilata mientras las horas se ocultan tras las señales horarias de los informativos radiados.

Aureliano sigue siendo un cascabel a su edad, se empeñó en negarse a crecer, a dejar de ser niño. Cuando de

adolescente cayó en sus manos *Cien años de soledad*, quiso ser para siempre un personaje de García Márquez, Aureliano Buendía. Yo desde entonces lo llamo Coronel.

Me gusta que me cuente historias del pueblo vividas en su infancia y lo hace con su voz de tenor, bien timbrada, que adorna de escenas de un barroquismo que convierte un suceso menor y cotidiano en un capítulo mágico de un universal libro de relatos. Y no por escuchadas muchas veces dejan de parecer siempre nuevas en su voz y en su imaginación plagada de realismo.

Cuando lo escucho me parece estar oyendo a Chéjov, que lee sus cuentos en voz alta. Es un buen compañero en esta noche lóbrega y oscura, cuando se presiente el alba, puedo divisar la silueta de las espadañas de las iglesias de los pueblos despoblados, de la España mermada, ocultos a los lados de la autovía que parte en dos la estepa castellana. Le digo a mi hermano, como antes hablé en este viaje con Olvido, que me habría hecho feliz que los tres llegáramos dentro de un par de horas a Vilaponte, en este viaje real a los inicios de nuestra vida para entregar las llaves de la casa que nos cobijó, la casa que hemos vendido y que pronto será derruida.

Y Vilaponte es Comala y Pedro Páramo ejerce de notario para dar fe de su existencia y de su desaparición. Yo voy hacer lo mismo y les digo a mis hermanos que contaré, escribiré, la historia de nuestra casa, para que puedan ubicarla en su memoria. Allí vivieron y murieron nuestros abuelos paternos, nació y falleció mi padre, tras la muerte de madre, y venimos al mundo nosotros. Voy a ser quien cierre por última vez su portón, recordar en cierto modo,

el cuadro de Velázquez cuando se rinde Breda y Justino de Nassau hace entrega de las llaves de la ciudad al general Spínola. Testigo y cómplice. Y la mar es una certidumbre de aromas salinos que suben las cuestas mientras bajo el puerto que separa la montaña del litoral, hace una hora que amaneció y la mañana desparrama los primeros rayos de sol cuando ya puedo ver el perfil urbano de Vilaponte, tan lejos de todo.

No ha sido buena idea hacer el viaje por la noche, que nunca me ha gustado conducir cuando se pone el sol, y menos tantas horas cabalgando las estepas nocturnas como un jinete loco. Estoy terriblemente cansado cuando acabo de llegar al pueblo. Tengo un sentimiento primario de alegría y brota dentro de mí una sensación de pertenencia que me inquieta como cuando era un adolescente.

La mañana está pintada con colores desvaídos que ilumina un sol tenue. Dejo el automóvil aparcado en el muelle viejo y desde allí contemplo la casa que me está esperando, la saludo levantando una mano anunciando mi llegada. Nadie se asoma a los balcones del primer piso, no hay nadie en la galería como cuando llegaba de la ciudad al pueblo y padre o madre aguardaban verme.

La casa es gallarda y un poco altanera. Una vivienda con planta baja, dos pisos y un desván. Tiene anexada una huerta, un pequeño jardín, que es el único que queda en la Plaza Mayor. Los dos sabemos, la casa y yo, que sus días, los que le quedan, están contados.

La edificación se ubica entre el paseo marítimo y la Plaza Mayor por donde tiene la entrada principal. Por el paseo o malecón, la mar es su límite, su frontera y su paisaje.

Nunca he contado los pasos que hay desde el muelle viejo al portal de entrada, aunque en estos días previos a la desaparición de mi entrañable vivienda no quiero realizar el ejercicio de medición. En cualquier caso, hay una distancia mínima, y me doy cuenta cuando estoy ante la puerta y busco las llaves en mi bolsillo.

## SENZA FINE

**D**OY DOS VUELTAS A LA LLAVE Y FRANQUEO LA PESADA puerta de acceso, abro el portón a la vez que la luz de la calle hiere levemente la oscuridad que se había refugiado en la entrada. Escucho los quejidos lastimeros de la cerradura falta de grasa, de aceite; las dos vueltas que giró la llave son ayes. Acaso los primeros estertores de un inmediato destino a la desolación que precede al derribo de la piqueta. El primer piso está al final de la media docena de escaleras que lo separan del portal. El acceso a los peldaños es una puerta que ha permanecido abierta desde que el último habitante abandonó la casa para siempre.

Cuando murió mi padre y el sepelio salió camino del cementerio, desde que falleció el último de sus inquilinos, la puerta permaneció abierta. Hasta ahora y así la encontré y fue ella quien me invitó a dejarla como la encontré, abierta de par en par cuando comencé a subir las escaleras que me separaban del primer piso.

El *hall*, el recibidor, es la primera estancia a la que llevo. Hay un paragüero y un colgador de abrigos en el que languidece una percha vacía. Me detengo fijando la vista en dos cuadros de arpillera bordados en punto de cruz. En el de la derecha se pide a Dios que bendiga esta casa y cada uno de sus rincones, mientras que en el de la izquierda se da cuenta de que este hogar es un dulce hogar. Mi hermana Olvido los bordó como ejercicio de sus clases de costura cuando cursaba el bachillerato.

Calculo que nadie los ha limpiado, ninguna mano limpió el polvo acumulado en los últimos cuarenta años. Es un símbolo de la decrepitud que supongo afecta a todo el edificio. Las casas son seres vivos cuando el alborozo, los ruidos, las risas y la vida son sus inquilinos, y cuando ya se acerca el adiós profundo del silencio comienza una lenta y larga agonía que desemboca fatalmente en la muerte, en este caso en la demolición, en el derribo. Cuando leo en un diario que un edificio de tal o cual ciudad, de tal pueblo se derrumbó sobre sí mismo, se vino abajo dejando ver su esqueleto de ladrillo y de hierros, recibo la noticia como cuando me entero de la muerte de un amigo o de un conocido. Son, permítanme la hipérbole, seres vivos que habitaron otros seres vivos. Cuando perdieron su afecto, su función de hogar, fallecieron del mal de la piedra, que no es otra cosa que una larga y profunda melancolía que fue creciendo con los años.

No quiero ponerme sentimental al entrar en lo que ha sido mi refugio primero, mi cobijo hospitalario, mi referencia. Tengo que mantener la compostura emocional para cuando este relato testamentario, este adiós que solo yo

percibo, llegue a mis hermanos y no lean la crónica de una desaparición, sino la memoria habitada de un tiempo en que nuestra familia fue una familia feliz y el mundo, nuestro mundo, pequeño y amable, estaba siendo inaugurado.

Es la foto fija de una infancia compartida que quedó impresa en el álbum principal de mis recuerdos iniciáticos de una Noche de San Juan cuando frente a nuestra casa ardía una hoguera donde la tradición oral aseguraba que se estaba quemando todo lo viejo y que al alba nacería un tiempo nuevo.

Los tres hermanos contemplábamos con mirada hipnótica cómo ardía la noche. Dos días antes los pintores dieron por concluida la restauración y el pintado de la preciosa galería corrida de madera con la pintura al aceite recién estrenada en donde se reflejaba la mar festoneada con las llamas rojas anaranjadas del fuego que recibía el solsticio que viene siempre con la Noche de San Juan.

Al día siguiente en Vilaponte comenzaba la temporada de los baños de olas de mar. Comenzaba el verano.

Era la estación de estaciones para los pequeños de la familia. Se ordenaba el mundo alrededor de los meses de julio y agosto. Vivíamos, sin exagerar un ápice, literalmente en la playa, a donde acudíamos al mediodía hiciera un día caluroso o cayeran chuzos de punta, que poco o nada nos importaba. Muchas jornadas comíamos un bocadillo de tortilla francesa o de filete empanado después del último baño mañanero, y lo acompañábamos invariablemente con un plátano y un par de ciruelas claudias japonesas o dos peras de agua dulces como un primer beso. Después de comer, nos acostábamos a soñar sobre las toallas, aguardando



la preceptiva hora y media que tenía que transcurrir después del frugal almuerzo para podernos bañar de nuevo.

La playa, las mañanas y tardes tendidos en un *dolce far niente* sobre el arenal, viajando entre las nubes y los sueños me transportaban a un paraíso inexistente que no era capaz de imaginar y que iba diseñando según fuera el lento caminar de las nubes por el cielo. Jugaba a intuir de una manera serena el porvenir que estaba por llegar y presentía lejano, remoto y que manejaba a mi antojo pensando en quién me iba a convertir cuando los años me empujaran a ser una persona respetable. Un baño en las gélidas aguas del Cantábrico despejaba de una vez mis torpes ensoñaciones y pronto me olvidaba de averiguar quién sería en el futuro por venir.

Vuelvo a los lejanos asuetos del verano, de los estíos en los que he sido feliz, y me propongo, recién llegado a mi añorado pueblo, escribir una historia personal que me gustaría que recordara a las páginas de Perec en *La vida instrucciones de uso*, cuando comienza a contar desde un puzle literario el pulso de un edificio parisino de vecinos donde vive la vida y la muerte que sube, como acabo de hacer yo, las tres escaleras antiguas de piedra que forman la entrada de la casa.

Y, mientras me enredo buscando coincidencias en el frondoso mundo de la literatura, brota como un árbol solitario en un oasis un idilio infantil que me acompaña todavía ahora y que se inició en el arenal cercano una mañana de julio de hace muchos años. En el mes de marzo había cumplido nueve años, me consideraba mayor para acudir con mi madre a la playa, pero no hubo manera de conven-

cerla para que me dejara ir solo o con algún amigo que ya volaba por su cuenta. «Ni siquiera tienes diez años» era la respuesta argumental de madre, de la que conseguí una media promesa al fiar al año venidero mi libertad e independencia.

Aquel verano me alejaba del grupo familiar dando paseos por el arenal sin que me acompañaran mis hermanos pequeños. Siempre sin perder de vista a mi madre, que me llamaba cuando no estaba cerca para ir todos juntos a los baños de ola, que eran un par de chapuzones en la mañana.

Y fue allí, paseando un día que amaneció ventoso y que casi impidió el ritual playero habitual. La vi acercándose hacia donde estaba parado, petrificado, por la visión diría que angelical que había aparecido en la playa. Estábamos los dos solos, aunque un par de mujeres y, sobre todo, niños ocuparan la mañana con sus juegos o tendidos sobre sus tumbonas. La miré, nos miramos y en mi inventario de grandes emociones, que en la infancia estaba prácticamente vacío, sentí o supuse firmemente que me estaba enamorando. Se acercó, me acerqué, y le dije mi nombre señalando mi corazón con el dedo índice.

Me respondió y pronunció una sola palabra con un dulce acento del que yo no sabía su procedencia. Ella era Anke, y de repente fuimos autopresentados. Se rio, le hizo gracia que yo me llamara Leandro. Al menos eso supuse.

Nos dirigimos a la orilla de la mar, nos bañamos juntos y dimos unas brazadas en paralelo a la playa sin alejarnos mucho de la orilla. Yo creí que era nórdica por su pelo

rabiosamente rubio y sus ojos azules de manual. Luego supe que era alemana cuando la acompañé hasta el camping vecino y pude ver la matrícula de su *roulotte*, pude ver la D identificativa.

Era, fue, la mujer, la niña más bella que nunca había visto. Al despedirnos gesticulamos a dúo algo parecido a una próxima cita para el día siguiente.

Estaba perdidamente enamorado. Anke era un poco más alta que yo y acaso algo mayor. Tendría once años, la edad que representaban sus pezones, que yo intuía tras la parte superior de su bañador, más que evidentes eran sugeridos aquellos todavía mínimos botones que crecían endureciéndose tras el baño.

Esperar hasta el día siguiente se me hizo eterno, pero llegó la mañana soleada de un agosto que estaba comenzando a dejar que corrieran los días en el almanaque del verano y a las doce en punto estaba en el mismo lugar de nuestro primer encuentro.

Debió de verme desde el camping porque enseguida llegó junto a mí.

Parecía que el corazón se me iba a salir, estaba entre nervioso y excitado, y cuando cogió mi mano y empezó a caminar, comenzamos a andar hacia el cercano mar. Nos bañamos con un ímpetu nuevo, como si quisiéramos llegar hasta la línea blanca del horizonte y traspasarla, perdernos para siempre en un paraíso marino inventado al unísono.

Han pasado demasiados años, pero nunca he podido olvidarla. Miro mi brazo derecho y, cercano al hombro, acaricio el tatuaje que a los dieciocho años grabé con su nombre. Las dos sílabas, Anke, escrito en letra gótica en mi

piel quieren decir, quieren fijar para siempre, el compromiso vital que adquirí aquel julio cuando todavía no había cumplido los diez años.

Salimos juntos de la mar. Volvimos a cogernos de la mano, ella dirigió mis pasos hacia la parte más alejada de la zona dunar que acogía a familias del pueblo y a quienes frecuentaban habitualmente el arenal haciendo pequeños círculos tendidos al sol sobre un pequeño mundo de toallas y sombrillas. No había prisa alguna en aquel paseo de vuelta al cercano camping. Vi cómo mi hermano pequeño se dirigía a donde estábamos y le indiqué por señas que se alejara, lo que hizo inmediatamente, y cuando nos encontramos solos, aunque la asistencia aquella mañana a la playa era lo suficientemente multitudinaria, me abrazó con una suavidad impetuosa y, acercando sus labios a los míos, me besó.

Mi torpeza me impide decir que nos besamos. Era el primero de los besos que yo creí durante mucho tiempo que ponía fin a mi infancia e inauguraba mi adolescencia. Sentí su huella, su sabor a mujer en mi boca, cuando reite-ramos media docena de veces la ceremonia.

Quedamos en vernos la siguiente mañana, su último día en Vilaponte, fueron escenas de cine mudo, de una película antigua, el código de señales manuales para comunicarnos.

Fijó la hora en que nos veríamos y me indicó alzando las dos manos y separando los dedos que la cita era a las diez de la mañana.

No sé qué disculpas pude dar a mi madre para estar en la playa con mi toalla a la hora en que habitualmente desayunaba.